

VI

Naturalismo espiritual.

I

Al entrar en la calle de Mira el Rio, encontraron á Severiana, á quien doña Lupe había visto algunas veces. Llevaba un vaso con medicina, tapado con un papel á estilo de botica antigua. Doña Lupe la interrogó, y enterada la otra de que iban á ver á su hermana, hizo gustosamente de introductora, guiándolas por el sucio portal, la menos sucia y tortuosa escalera, hasta llegar al corredor. Ya se sabe que la vivienda de Severiana era una de las mejores de aquel falansterio, y que por su capacidad y arreglo bien podía pasar por lujosa en semejante vecindad. Vivía en compañía con aquella una tal doña Fuensanta, viuda de un comandante, y la casa respondía á esta situación comanditaria, pues constaba de dos salitas enteramente iguales, cada una con ventana á la calle. Entre la puerta y la sala primera había un pasillo, en el cual se veía la artesa de lavar y la entrada de la cocina, cuya reja daba al corredor. Dos piezas interiores completaban el cuarto. Cuando Guillermina, comprendiendo el

fin próximo de Mauricia, indujo á Severiana á sacarla del Hospital por tercera vez y llevarla á su casa, la señora viuda del comandante cedió su cuarto para tan benéfico objeto, trasladando sus muebles al cuarto de otra vecina. Mauricia fué, pues, instalada en la segunda de las dos salitas. Severiana tenía su cama en la alcoba interior, y la sala primera estaba destinada á recibir visitas, como lo declaraban el relativo lujo de la cómoda, las sillas de Vitoria nuevecitas, el sofá de lo mismo, la mesa con cubierta de hule, el cuadrito de los *dos corazones amantes*, el de la *Numancia* en mar de musgo, los retratos de militares cuñados de Severiana, la estera de esparto, flamante y sin ningún agujero, de empleitas rojas y amarillas, y en fin, las laminotas que recientemente habían sido adquiridas en el Rastro por una bicoca. Eran excelentes grabados ya pasados de moda, el papel viejo y con manchas de humedad, los marcos de caoba, y representaban asuntos que nada tenían de español, por cierto: las batallas de Napoleón I, reproducidas de los un tiempo célebres cuadros de Horacio Vernet y el barón Gros. ¿Quién no ha visto el *Napoleón en Eylau*, y en *Jena*, el *Bonaparte en Arcola*, la *apoteosis de Austerlitz* y la *Despedida de Fontainebleau*?

Doña Lupe y Fortunata entraron, precedidas de Severiana, en el aposento de la enferma, que estaba incorporada en la cama. Le habían corta-

do el pelo días antes para poderle curar la herida de la cabeza; su perfil romano se había acentuado; era más fina la nariz, la quijada inferior abultaba más y la extenuación le agrandaba los ojos. Las curvas airosas de la boca eran más rasgueadas, y la decomisura de los labios, que parecía obra de un agudo punzón, dábale cierto aspecto de grandeza caída ó de humillación sublimemente resignada. Las cárdenas ojeras le cogían media cara; el superciliar salía como una visera; los ojos, hermosos y ardientes, quedábanse allá dentro, y rodeados de aquella piel morada relumbraban más, como si acecharan el acaso que iba á pasar. Las cejas negras formaban una sola línea recta. La frente era espaciosa, con un mechón de pelo negro... En fin, que la Dura completaba la historia aquella expuesta en las paredes: era el *Napoleón en Santa Helena*.

Cuando doña Lupe y Fortunata la saludaron, las estuvo mirando un rato, como si tardara en reconocerlas. Después las nombró. ¡Qué voz! Siempre fué muy ronca la voz de Mauricia; pero había bajado ya á lo más grave del diapason. «¡Dios mío!—se dijo Fortunata, oyéndola después de mirarla,—¡si parece un hombre!...» Doña Lupe, en tanto, sentándose en una de las sillas de paja, pronunciaba las frases de consuelo propias de la ocasión, añadiendo: «Eso para que aprendas... y tengas formalidad. A

ver si cuando salgas de ésta, te sirve de escarmiento.»

Mauricia se volvió para Fortunata, que se había sentado junto á la cabecera; la miró mucho, sin decir nada; después clavó sus ojos en el techo, rezongando: «Sí... bien mala he sido, bien-re-mala...» Y vuelta otra vez hacia su amiga, le dirigió estas palabras:

«Oye tú, arrepíentete... pero con tiempo, con tiempo. No lo dejes para última hora, porque... eso no vale. Tú tampoco eres trigo limpio; y el día que hagas sábado en tu conciencia, vas á necesitar mucha agua y jabón, mucha escoba y mucho estropajo...»

Con tan buena fe lo dijo, que Fortunata no podía ofenderse. A doña Lupe le pareció la amonestación muy impertinente y descortés, porque ¿á santo de qué venía el hablar de pecados ajenos, teniendo tantos propios de qué ocuparse? Verdad que su sobrina política no había sido un modelo; pero ya estaba corregida, y no había que volver sobre lo pasado. «Ya sabemos que te tratan muy bien» dijo, para variar la conversación.

—Gracias á la madre de los pobres—declaró Severiana, que estaba en pie arreglando la cama,—no le falta nada. ¡Qué señora esa!

—¡Una santa!—exclamó doña Lupe en el tono más encomiástico.—No le dé usted otro nombre, porque ese es el que le cae bien...

—Pero ésta se ha cerrado á no comer—dijo la hermana mirándola,—y sin comer no viven más que los camaleones.

—Pero ayunas, ¿de verdad?

—Para pasar el caldo tenemos que dárselo con Jerez... y por la mañana, para que pase una tostada, hay que darle un dedito de la horchata de cepa, y por la noche otro dedito...

—¿Pero de veras le dais... esa perdición?—preguntó alarmadísima doña Lupe.

—Lo ha mandado el médico. Dice que es medicina. Parece aquello de *al revés te lo digo*.

—¡Qué cosas!... ¿Y no te comerías tú—le propuso Fortunata—un muslito de gallina, una ruedecita de merluza, una croquetita?

Sólo de oír hablar de comida se ponía peor Mauricia. Le temblaban mucho las manos, y de rato en rato le daban como ataques de asfixia, siendo su respiración muy difícil y quejándose de irresistible calor. Hallándose presentes la de Jáuregui y su sobrina, estuvo la Dura un ratito como quien desea romper á toser y no puede. Las tres mujeres la miraban con pena, lamentándose de no saber aliviarle aquel ahogo... «Bebé un poco de agua», le dijo Fortunata incorporándose. Pero aquello pasó, y la infeliz volvió á hablar, cortando mucho las frases y tomando aire á cada palabra.

—Ayer me trajeron á la niña... ¡Qué guapa y qué señorita está!...

—¿Pero no la tienes contigo?—preguntó la de Rubín.

—No, señora. Si está en el colegio...—replicó Severiana;—interna en el colegio de señoritas de doña Visitación.

—Sí... más vale que esté... allá... *desapartada* de mí. Ayer... ¡qué pena!... no me conoció... ¡Tanto tiempo sin verme!... me tenía miedo... ¡pobrecita de mi alma!... miedo, así como se dice... Ni que su madre fuera el coco...

En esto oyeron pasos, y miraron todas á la puerta. Era doña Guillermina, que entró, como siempre, muy apresurada, encendidas las mejillas, con su perdurable mantón oscuro, sus zapatones, su falda de merino. Doña Lupe y Fortunata se levantaron, y la fundadora saludó con aquella gracia y amabilidad que eran iguales para el Rey y para el último de los mendigos. Doña Lupe creyó que no la reconocería, pues sólo se habían hablado una vez en la función del Asilo; pero sí la reconoció, y aún la nombró, porque Guillermina era como los grandes capitanes, que tienen memoria felicísima de nombres y fisonomías, y soldado con quien hablan una vez, ya no se les despinta. «Mi sobrina», dijo la viuda presentándola, y Guillermina la miró sonriendo. «No me es desconocida su cara... La he visto en las Micaelas... Por muchos años.» En seguida dirigióse á Mauricia, apoyando ambas manos en la cama. «¿Y qué tal te encuentras

hoy? ¿Comerías algo?... Nada, este chubasco te pasará pronto. Mañana recibirás á Dios. ¿Cómo va esa conciencia? Buen limpión te vamos á dar. Eso te conviene más que nada. Yo te quería coger por mi cuenta y hacerte confesar, porque diciéndole tú misma al Señor lo buena pieza que eres, el Señor te daría su gracia... Conque prepararse. Esta tarde volverá el padre Nones. Me ha dicho que te confesaste bien. Se me figura que aún tendrás algunas heces que sacar, ¿eh?»

Mauricia se sonreía, cortada y confusa. Con la cabeza dijo que sí.

«Pues estos pozos endurecidos hay que echarlos fuera, porque el demonio se agarra de cualquier cosa—dijo la santa, acariciándole la barba.—Conque ya sabes... mañana tenemos aquí gran fiesta... ¿Te parece? Viene á visitarte el que hizo los Cielos y la Tierra... Te parecerá á ti que no lo mereces... Pues aunque no lo merezcas, él viene, y sabido se tendrá por qué.»

La vivacidad, la gracia y el fervor con que Guillermina decía estas cosas, impresionaron á las cuatro mujeres que las oían. Severiana soltaba dos lagrimones. Fortunata sentía en su alma tanta admiración por aquella mujer, que le habría besado la orla del vestido. «Luego dicen que ya no hay gente buena en el mundo—pensaba.—¿Pues y ésta?... Cuidado que mandar todo á paseo, casa, parientes, fortuna, querer, y sacrificar su juventud para andar toda la vida

entre miserias...!» [Asustábase de medir con el pensamiento la distancia que había entre ella y la ilustre señora; distancia infinita sin duda, y que en manera alguna podía acortarse, pues aunque la santa pecara, y ella hiciera muchas obras de caridad, las dos almas no llegarían jamás á verse próximas.

La fundadora, con aquella actividad vivaracha que en todo ponía, dictó á Severiana algunas disposiciones para la ceremonia que se preparaba. «Aquí pondrás la mesilla que está en la otra sala, y se hará el altar. Yo te mandaré un crucifijo, y buscaremos flores... La ropa de la cama hay que ponerla limpia, y adornar todo el cuarto lo mejor que se pueda...»

Luego pasó á la sala seguida de doña Lupe, que quería meter baza á todo trance: «Tendremos sumo gusto en venir mañana. Aprecio mucho á Mauricia, que á no ser por el maldito vicio sería una buena mujer, trabajadora, fiel... Y dígame usted: ¿De noche habrá que velarla? Yo no tendría inconveniente en quedarme alguna noche; y si no, mi sobrina...»

—Dios se lo pague á usted... Se acepta, se acepta. Póngase usted de acuerdo con Severiana. La comandanta y yo nos hemos quedado anoche. Se necesitan dos personas, porque cuando le dan convulsiones, cuesta Dios y ayuda sujetarla.

—Verdaderamente—manifestó doña Lupe con adulación;—los ejemplos que usted da, se-

ñora, hacen que todas las demás seamos mejores de lo que seríamos si usted no existiera.

La flor estaba bien ideada; pero Guillermina se echó á reír, agradeciendo la flor, pero no queriéndola tomar.

—¡Ejemplos yo! Eso quisiera. Me vendría bien que alguien me los diese á mí. ¡Ay, hija! Estoy para que me enseñen, no para enseñar.

—¿Usted qué ha de decir? Ni aun le gusta que le saquen la cuenta de todo lo que vale... Pues, amiga, no sea usted tan buena y rebajaremos.

—Quite usted, quite usted... Eso lo dice por disimular. ¡Sabe Dios las misericordias que usted, á la calladita, habrá hecho en este mundo, con esta misma Mauricia tal vez!... Y ahora me las quiere colgar á mí.

—¡Yo!... ¡Jesús! No digo que no tenga yo también algunas buenas obras en mi cuentecita del cielo; ¡pero compararme con usted!... Calle por Dios, señora.

—En fin, no es cosa de que nos pongamos á reñir por quién peca menos... ¿le parece á usted?—dijo la fundadora, uniendo la cortesía á la modestia y permitiéndose el característico guiñar de ojos, un tanto picaresco.—Mi lema es este: «Haga cada uno lo que pueda y lo que sepa, y Dios verá.»

—Eso mismo pienso yo...

—Conque, usted me dispensará... tengo mucho que hacer. Hasta mañana; no faltar...

Entretanto la de Rubín estaba sola con la enferma, porque Severiana se fué á la cocina. Le arregló las almohadas, y después ambas se estuvieron mirando. Fortunata pensaba en la simpatía inexplicable que aquella mujer le había inspirado siempre, á pesar de ser tan loca y tan mala. ¿Sería tal simpatía un parentesco de perversidad? Ejercía sobre ella una atracción que-renciosa, y como le dijera algún concepto lisonjero á su corazón, sentíalo retumbar en su mente cual si fuera verdad pronunciada por sobrenatural labio. Mil veces analizó la joven este poder fascinador de su amiga, sin lograr encontrarle nunca el sentido. ¡Cosas del espíritu, que no las entiende más que Dios!

Mauricia parecía melancólica y sosegada.

—¡Qué señora esa!—exclamó Fortunata.—¿Habrá nacido de madre como nosotras?

—Apuesto á que no—replicó la Dura.—¡Qué mujer!... El día que me quiso sacar de esos indios protestantes, me entró el toque y la insulté... ¡Qué mala fui!...—Iba á soltar un terno; pero se contuvo, porque le estaba absolutamente prohibido pronunciar palabras feas, siendo esto para ella un gran martirio, á causa de la poca variedad de términos de su habitual lenguaje.—Y ella, como si le dijeran niña bonita... No has visto otra. ¡Mía que traerme aquí y cuidarme como me cuida, re...! No sé cómo hablar... ¡Mía que esto que hace conmigo!... Es prima

hermana del Nazareno; no hay quien me lo quite de la cabeza.. Figúrate lo que suponemos nosotras al compás de ella... ¡Nosotras que hemos sido unos peines!... Es que ni arrepentidas valemos para descalzarle el zapato. Pues déjate que venga la otra... También aquélla es de la piel de Cristo...

—¿Quién?

—La amigueta, la que protege á mi niña...

Fortunata vió delante de sí, súbitamente, una oscura niebla, que se le iba encima... El corazón le dió un salto... «Jacinta—dijo;— pues qué, ¿también viene aquí esa?»

—Ayer estuvo... Ella misma traía á mi niña. Mira, créetelo porque te lo digo yo: cuando entró *paicia* que entraba una luz en el cuarto.

Fortunata sentía ganas de echar á correr.

—¿Pero todavía la tienes tirria?... ¡Ay, qué mala eres! Perdónala, que bien lo merece. Te quitó tu hombre; pero ella no tenía culpa. ¡Qué roñal... ¡ay!, se me escapó. Palabra fea, vuélvete para adentro; no, quédate fuera... Pues chica, no seas pava... ¿qué crees tú, que el mejor día no te vuelve á querer tu D. Juan?... Como si lo viera. Cuando una se va á morir, ve las cosas claras, muy claritas; la muerte la alumbra á una, y yo te digo que tu señor volverá contigo. Es ley, hija, es ley, que no puede faltar... Y si me apuras, te diré que á Jacinta no se le importa un pito. A cuenta que no le quiere nada... Es-

tas casadas ricas, como viven con *tantísimo* regalo, no quieren á sus maridos... quieren á otros. No lo digo por ella, Dios me oiga, aunque sabe Dios lo que hará; lo cual no quita que sea mayormente un ángel y que reparta muchas caridades.

Fortunata no decía nada. La enferma se inclinó hacia ella, y dándose unos aires evangélicos, en el tono que podría emplear un pastor de almas, le amonestó así: «Arrepiéntete, chica, y no lo dejes para luego. Vete arrepiñtiendo de todo, menos de querer á quien te sale de *entre tí*, que esto no es, como quien dice, pecado. No robar, no *ajumarse*, no decir mentiras; pero en el querer, ¡aire, aire! y caiga el que caiga. Siempre y cuando lo hagas así, tu miajita de cielo no te la quita nadie.»

Algo iba á contestarle su amiga; pero no pudo, porque entró doña Lupe dándole prisa para marcharse. Era un poco tarde y tenían que ir á otra parte antes de regresar á casa. Despidieronse con promesa de volver al día siguiente, y salieron. Por la calle hablaban de Guillermina, de quien dijo la de Jáuregui: «Es una mujer esa que electriza, y cuando se la trata, sin querer se vuelve una también algo santa... Cincuenta y tres reales me debía Mauricia. Yo, de todas maneras, se los había perdonado; pero ahora, créelo, me alegraría de que me debiera lo menos doscientos, para perdonárselos también.»

II

Dos horas antes de la señalada para que Mauricia recibiera á Dios, ya estaba allí la fundadora. «Pero Severiana, ¿en qué estás pensando?—fué lo primero que dijo al entrar por el pasillo.—Quita de aquí esta artesa. ¡Vaya un adorno! Ropa sucia y agua de jabón...»

—Señorita, lo iba á quitar... Pase usted. Me han dicho las vecinas que las dos láminas de Napoleón que caen al lado del altar deben quitarse, porque era muy protestante, *masónico* y...

—Déjate de tonterías... ¿Y cómo está esta pájara hoy? ¿Qué tal, hijá?

Aquel día estaba bastante aplanada, las manos más temblorosas, respirando lentamente, aunque sin gran fatiga, con invencible tendencia á permanecer muda y quieta, los ojos vagando por el techo ó por la pared de enfrente, cual si siguiera el vuelo de una mosca.

Enteróse la dama minuciosamente de cómo había pasado la noche, de quiénes se quedaron á velarla, de lo que había dicho el médico en la visita de la mañana. A todo contestó Severiana: el doctor había mandado que se le diera doble dosis de *la nuez cómica*, seguir con las cucharadas por la noche, las papeletitas por el día, y á sus horas el Jerez ó Pajarete. Guillermina, sin dejar

de oír esto, empezaba á poner su atención en otra cosa. Frente á la ventana, y formando ángulo recto con la cama, habían puesto la mesa, que debía ser altar, y en ella estaba de rodillas Juan Antonio, el marido de Severiana, fijando en la pared todos los clavos que creía necesarios para suspender la decoración proyectada.

—No clavetee usted más, por Dios... Parece que va á derribar la casa... Y que el ruido la molestará... ¿Pero qué van á poner ustedes ahí?

La comandanta entró con unos pedazos de damasco rojo y amarillo, que habían sido cortinas cuarenta años antes, pasando después por distintos usos. Con aquella tela se forraria la pared, formando la bandera española, y en el centro se pondría una lámina del Cristo del Gran Poder, propiedad de la portera. «No me parece mal—dijo Guillermina, sacando del estuche sus anteojos y calándoselos.—A ver, Juan Antonio, si se luce usted. ¿Y flores, no tenemos?»

—De trapo... verá usted—replicó Severiana llevando á la señora á su alcoba y mostrándole un montón de flores de papel dorado, tul y talco, extendidas sobre la cama. Había también allí cintas de cigarros, y esas rosas con hojas plateadas que sirven para decorar los pitos de San Isidro. «Esto es muy feo—opinó la santa;—¿pero no hay naturales, ó siquiera ramaje?»

—Sí, señora... El vecino del 6, que es no se qué de la Villa, me ha prometido traer rama de

pino y carrasca. Esto lo pondrá Juan Antonio por arriba haciendo cenefas...

—Buscar algún bonito tiesto de *bónibus*, hija; no se os ocurre nada—dijo Guillermina volviendo á la sala;—y en las ramas verdes atais flores de trapo, y resulta muy bonito.—Vaya, Juan Antonio, no más clavazón; ya están bien sujetas las cortinas. Ahora cuélgueme usted la Virgen de las Angustias debajo del Señor, y á los lados...

La comandanta entró trayendo un cuadro que representaba á Pío IX echando la bendición á las tropas españolas en Gaeta. Para hacer juego, propuso Juan Antonio poner al otro lado la *Numancia*. Guillermina vaciló en dar su asentimiento; pero al fin... una risita y un guiño resolvieron la duda. «Poner el barquito; ponerlo, que todo lo de la mar es de Dios.»

Salió luego al corredor, y habiendo notado que la escalera no estaba barrida aún, llamó á la portera. «¿Pero usted en qué está pensando? ¿No le han dicho que hoy viene el Señor á esta casa? ¡Y está ese portal que da asco mirarlo! Coja usted la escoba, mujer. Si no, la cogeré yo. Qué, ¿se cree usted que no lo hago como lo digo?»

La portera vió que doña Guillermina se quitaba el manto... «No, señorita, no sea tan viva de genio. Barreremos... pero ya verá lo que tarda esta granujería en volver á ensuciarlo.»

—Pues lo vuelve usted á barrer.

Bajó la señora al patio, donde había entrado

un ciego tocando la guitarra y estaban algunos chiquillos jugando á los toros. «Eh, niños, hoy es preciso que tengamos mucha formalidad. Y cuidadito con echarme basura en el portal y en la escalera. Estas enneas y juncos que habéis esparcido en el patio, me los vais á recoger y entregárselos á su dueño.»

Los chicos oyeron esto sin chistar. En el fondo del patio se había establecido un sillero, que hacía fondos de junco y tenía montones de ellos arrimados á la pared, los unos teñidos de rojo y puestos á secar, los otros sin teñir, cortados y apilados. Eran enemigos jurados de este industrial los *chavales* de la vecindad, que bonitamente le robaban los juncos para sus juegos y diabluras. Al ver á la santa parlamentando con ellos salió de su tenducho, y encarándose con la infantil cuadrilla, les dijo:

—Ya véis, gateras, lo que *vos* dice la señorita. Que *vos* estéis quietos, que *vos* estéis callados, que si no, *vos* llevará á todos á la cárcel.

—Tiene razón el maestro Curtis—dijo la fundadora, poniendo la cara más severa que le fué posible.—A la cárcel van atados codo con codo si no se portan hoy como es debido, hoy que viene á honrar esta casa el...

La interrumpió un sacerdote anciano que entró y fué derecho hacia ella. Era el padre Nones. «Buenos días, maestra. Ya está usted en planta, oficiando de capitana generala.»

—Tengo que estar en todo. Si yo no tratara de enseñar á esta gente la buena crianza, vendría usted luego con el Santísimo y tendría que entrar pisando lodo y cuanta inmundicia hay.

—¿Y qué importa?—observó Nones riendo.

—Claro que no importa; pero ¿por qué no hemos de tener limpieza y decoro delante del Señor, siquiera por estimación de nosotros mismos? Se limpia la casa cuando vienen el teniente alcalde y el médico del Ayuntamiento con sus bastones de borlas, y se ha de dejar sucia cuando viene el... Pero ¡cállese usted, hombre, por amor de Dios!—Esto se lo decía al ciego de la guitarra, que habiéndose enterado de la presencia de la señora, quiso que ésta conociera la suya, y se acercaba tanto, que al fin parecía querer meterle por los ojos el mango del instrumento. Al propio tiempo tocaba y cantaba hasta desgañitarse...

—¡Que se calle usted... por amor de Dios!... Nos deja sordos—dijo la santa sacando su portamonedas.—Tenga, y á la calle á cantar. Hoy no quiero aquí fandangos. ¿Me entiende?

Marchóse el porfiado ciego, y la fundadora siguió hablando con el padre Nones: «Suba usted á ver si me la reconcilia y le da la última pasadita. Paréceme que no está muy bien dispuesta. La encuentro peor de la enfermedad del cuerpo; y en cuanto al alma, cada vez la entiendo menos. ¡Qué ideas tan extrañas! Arriba,

arriba. Nos veremos luego. Yo no me voy ya de la casa hasta que se acabe todo.»

Subió Nones, y la dama, después de recomendar al sillero y á otros vecinos que barrieran la delantera de las respectivas puertas, iba á subir también; pero le interceptaron el paso dos sujetos que bajaban. Era el uno D. José Ido del Sagrario, á quien no conocerían los testigos de sus románticas hazañas al principio de esta historia, según estaba ya de bien trajeado y limpio. Visto por detrás parecía otra persona; mas de frente, lo desengonzado de su cuerpo, la escualidez carunculosa de su cara y el desarrollo cada vez mayor de la nuez, le declaraban idéntico á sí mismo. El que le acompañaba era un infeliz músico, habitante en el segundo patio, y en el mismo cuchitril en que anidara antes Izquierdo. Lo primero que se notaba en él era la gran bufanda que le envolvía el cuello, subiendo en sus vueltas hasta más arriba de las orejas y descendiendo hasta el pecho. Llevaba gorra con galón, y de la bufanda para abajo toda la ropa era de purísimo verano, y además adelgazada por el uso. Temblaba de frío, y con el brazo derecho oprimía los aros bronceos de un trombón, dirigiendo la abollada boca hacia adelante, como si quisiera bostezar con ella en vez de hacerlo con la suya propia.

—Este amigo—dijo Ido, en son de presentación,—este amigo mío... un italiano, señora...

Se llama el señor de Leopardi, artista desgraciado. Pues me ha dicho que si la señora quiere, naturalmente, se pondrá en la escalera cuando pase el Santísimo y tocará la marcha real...

El otro infeliz murmuró algo, con marcado acento extranjero, llevándose á la gorra la temblorosa mano.

—¡Pero qué cosas se le ocurren á este hombre! Ave María Purísima—exclamó Guillermina con benevolencia.—Déjese usted de marchas reales... No, no se quite la gorra; se va usted á constipar. Caballeros, aquí, y durante la ceremonia, mientras menos música, mejor.

Ido y Leopardi se miraron desconcertados. Á la observación de la señora no se ocultó lo mal que estaba de ropa el infeliz artista, y le dijo que se fuera á su cuarto, que tocara allí el trombón todo lo que quisiese y por fin que... «Yo veré si encuentro por ahí unos pantalones.»

Subió al principal, y de puerta en puerta exhortaba á los grupos de mujeres que allí estaban peinándose. «Á las doce... que no vea yo aquí estos corrillos, ¿estamos? Y barrerme bien todo el corredor. La que tenga velas que las saque; la que tenga flores ó tiestos bonitos que los lleve allá... Y todos estos pingajos que aquí veo colgados, están ahora demás.»

—¿Sirven estos ramos de caracoles?—dijo la del guarda de consumos, mostrándolos en la puerta de su casa.

—Ya lo creo. Lléalos. Y tú, Rita, recógete esas melenas, mujer, que pareces una cómica. Es preciso que estéis todas muy decentes.

La mujer del sereno se disponía á encender el farol de su marido y á ponerlo colgado del chuzo en la reja de la cocina. Otra preguntaba si valía el quinqué de petróleo. A las niñas que debían salir al portal con velas, se les pusieron los pañuelos de Manila llamados de talle, y la que tenía botas nuevas se las calzaba; la que no, salía como estaba, con las alpargatas llenas de agujeros. «No se quiere lujo; sino decencia», repetía Guillermina, que comunicaba su actividad febril á todos los vecinos y vecinas de la casa. Cuando volvía al cuarto de Severiana, encontró al padre Nones que salía. «Le he enderezado las ideas, maestra; ahora está bien preparada—le dijo el clérigo, que por su alta estatura tenía que encórvase para hablar con ella.—Voy á la iglesia. Dentro de tres cuartos de hora estamos aquí...»

Entró la fundadora en la casa y vió el altar, que estaba muy bien. Juan Antonio había claveteado las flores de trapo al borde de los lienzos de damasco, formando como un marco. Resultaba un conjunto bonito y muy simpático, y así lo declaró la señora, echándole sus gafas. Luego cubrieron la mesa con una colcha muy hermosa, que la comandanta, mujer de gran habilidad, había hecho para rifarla. Era de cuadros

de malla, combinados con otros cuadros de *peluche* carmesí. Encima se puso un paño de altar traído de la parroquia, que tenía un hermoso encaje. Trajeron luego las ramas de pino, y para colocarlas fué preciso improvisar búcaros con barrilitos de aceitunas y de escabeche, que Juan Antonio cubrió y decoró con pedazos de papeles pintados. Era papelista, y en su arte, con paciencia y engrudo, hacía maravillas. Se colocaron los ramos de caracoles, cajitas de dulce y estampas; y por fin, los retratos de los dos sargentos hermanos de Juan Antonio, con su pantalón rojo, muy á lo vivo, y los botones amarillos, asomaban por entre las ramas de pino, como soldados que están en emboscada acechando al enemigo.

Poco después apareció Estupiñá de capa verde, trayendo bajo los pliegues de ella una cosa que abultaba mucho y que guardaba con respeto. Era el crucifijo de bronce de Guillermina, hermosa escultura de bastante peso, y que Plácido no quiso entregar á nadie sino á la misma dueña de él. Esta salió al pasillo, recibió de manos de Rossini la ságrada imagen, y quitándole el pañuelo de seda que la envolvía, entró con ella en la sala, pareciéndose mucho, en tal momento, á una verdadera santa escapada del Año Cristiano para recibir culto en el pintoresco altar, que simbolizaba la ingenua sencillez y firmeza de las creencias del pueblo. Puso el Cristo

en su sitio, regocijándose mucho con la admiración que producía el bronce en los circunstancias, y después salió á dar órdenes á Estupiñá. «Vaya usted á la parroquia para que acompañe al Santísimo, y diga que traigan pronto las velas que se han de repartir aquí.»

En esto ya habían entrado Fortunata y su tía, ambas de negro, muy decentes, y mientras la de Jáuregui metía su cucharada en el corro de Guillermina, la otra pasó á ver á Mauricia. Encontróla como aturdida, sin saber lo que le pasaba. A las preguntas que le hizo, respondía con la mayor concisión, porque el temor de decir alguna palabra fea enfrenaba sus labios. Estaba reducida á usar tan sólo la tercera parte de los vocablos que emplear solía, y aún no se le quitaban los escrúpulos, sospechando que tuviesen algún eco infernal las voces más comunes. Lo que Fortunata le oyó claramente fué esto: «¡Ay, qué gusto salvarse!...» Pero al punto frunció Mauricia el ceño. Le había entrado la sospecha de que la palabra *gusto* fuese mala. Comunicó estos temores á su amiga, quien la tranquilizó sonriendo, y por fin le dijo que siendo su intención limpia, no importaba que se le saliese de la boca sin querer algún término sucio. Creyólo así la enferma; pero no las tenía todas consigo, y estaba como bajo la presión de un gran temor. En un momento que cogió á Fortunata sola, le dijo temblorosa: «Arrepiéntete de todo,

chica, pero de todo... Somos muy malas... tú no sabes bien lo malas que somos.»

III

Se acercaba la hora, y en el patio sonaba el rumor de emoción teatral que acompaña á las grandes solemnidades. El pueblo ocupaba el sitio infalible que la curiosidad dispone. En el portal no se cabía, y todos los chicos del barrio se habían dado cita allí, cual si creyeran que sin ellos no podía tener lucimiento alguno la ceremonia. Guillermina recorría toda la *carre-ra*, desde la puerta del cuarto de Severiana hasta la de la calle, dando órdenes, inspeccionando el público y mandando que se pusieran en última fila las individualidades de uno y otro sexo que no tenían buen ver. Había venido de la parroquia un hombre asacristanado, y estaba repartiendo la carga de velas que trajo.

En la parte del corredor que había de recorrer el Viático, mandó que se pusieran las niñas que lucían pañuelo de talle; y como no tuvieran velas, ordenó que se les diesen. Abocóse á ella la comandanta, como un edecán de parada, para decirle que en la calle, frente al mismo portal, se había puesto un condenado pianito, tocando jotas, polkas y la *canción de la Lola*; que esto era una irreverencia y no se podía con-

sentir. Á lo que replicó la santa que no debían ocuparse de lo que pasase fuera; pero observando al punto que el profano instrumento molestaba mucho y estorbaba la edificación del vecindario, por el apetito que algunos sentían de ponerse á bailar, bajó al portal y habló con el de Orden público que allí estaba. Todos los individuos de este Cuerpo que conocían á Guillermina, la obedecían como al mismo gobernador. Total, que el piano tuvo que salir pitando, y sus arpegios y trios se oían después perdidos y revueltos, como si alguien estuviera barriendo sus notas por la calle de Toledo abajo.

Llegó el momento hermoso y solemne. Oíase desde arriba el rumor popular; y luego, en el seno de aquel silencio, que cayó súbitamente sobre la casa como una nube, la campanilla vibrante marcó el paso de la comitiva del Sacramento. El altar estaba hecho un ascua de oro con tantísima luz, que reflejaba en el talco de las flores. Había sido entornada la ventana, y todos de rodillas esperaban. El *tílin* sonaba cada vez más cerca; se le sentía subir la escalera entre un traqueteo de pasos; después llegaba á la puerta; vibraba más fuerte en el pasillo entre el muje-muje de los latines que venía murmurando el acólito. Apareció por fin el padre Nones, tan alto, que parecía llegaba al techo, un poco encorvado, la cabeza blanca como el vellón del Cordero Pascual, llevando agasajado el portafor-

mas entre los pliegues de la capa blanca. Arrodillóse ante el altar, y allí estuvo rezando un ratito. Mauricia estaba en aquel instante blanca, diáfana, y sus ojos entornados y como sin vida miraban al sacerdote y lo que entre manos traía. Guillermina se le puso al lado y acercó su rostro al de ella. Cuando el sacerdote se aproximaba, la santa susurró al oído de la enferma, como secreteo de ángeles, estas palabras: «Abre la boca.» El cura dijo: «*Corpus Domini Nostri*, etcétera», y todo quedó en silencio, y los párpados de Mauricia se abatieron, proyectando sobre las ojeras la sombra de sus largas pestañas.

Poco después salió la comitiva, precedida de la campanilla, entre la calle formada por mujeres arrodilladas, con velas ó sin ellas. Se sintió que bajaba, que salía y se alejaba por la calle. Cuando ya no se oía más el *tílin*, Guillermina, cesando de rezar, acercó su cara á la de Mauricia y empezó á darle besos. Todas las demás, lloriqueando, la felicitaban con ruidosos aspavientos, y por fin la misma santa hubo de mandar que cesaran aquellas manifestaciones de regocijo, porque la enferma se afectaba mucho y podría resultarle algún retroceso peligroso. Mas por efecto de la excitación, Mauricia no sentía dolor ni molestia alguna; estaba como bajo la acción de fuertísimo anestésico, de los que producen efectos infalibles, aunque pasajeros. Desde la edad de doce años, en que la llevaron á co-

mulgar por primera vez, no había vuelto á verse en otra como aquella; y con la impresión recibida retrogradaba su pensamiento á la infancia, llegando hasta adormecerse por breves momentos en la ilusión de que era niña inocente y pura, y de que, como entonces, ignoraba lo que son pecados gordos.

También mandó Guillermina despejar la habitación y que se apagaran las luces. Entre la mucha gente que había entrado, veíanse dos mujeres muy bien vestidas á la chulesca, con mantón color café con leche, delantal azul, falda de tartán, pañuelos de color chillón á la cabeza, el peinado rematado en *quiquiriquí* con peina de bolas, el calzado de la más perfecta hechura y ajuste. Parecían deseosas de hablar á Mauricia; pero no se atrevían á adelantarse hasta la cama. Guillermina, concluida la ceremonia, no les quitaba ojo, y por fin resolvió darles el [quién vive. «Señoras mías—les dijo,—¿qué bueno traen ustedes por aquí? Si han venido por devoción, me parece muy bien. Pero si vienen á curiosear, siento tener que decirles que tomen la puerta y que aquí no hacen falta para nada.»

Salieron las tales muy corridas, echando de sus bocas, por la escalera abajo, palabras absolutamente contrarias á los latines que pocos momentos antes se habían oído en el propio sitio. Todas las que presenciaron la *indirecta* que les

echó la señora, la celebraron mucho, diciéndole doña Lupe al pasar á la sala: «Vaya unas despachaderas que tiene usted, amiga mía. Eso se llama carácter.»

—Una de ellas—dijo Severiana—es *Pepa la Lagarta*... mujer de historia, ¿sabe?... La que dicen mató á su marido con una aguja de coser serones... Muy amigota de Mauricia, á quien debe quinientos reales... Y no se los puede sacar... ¿Pero creen ustedes que no tiene dinero? Ya quisiera yo... Gasta como una marquesa, y el mes pasado costeó, en San Cayetano, una novena á la Virgen de las Angustias, que era lo que había que ver...

—¿Novena?...

—Sí, porque sanara el *Clavelero*, un chulito que tiene muy guapín, el cual recibió un achuchón en la plaza de Leganés... Como que le entró el pitón por salva la parte... Pues el *Clavelero* sanó. ¿Y eso?... Vea usted, señora, ¡qué cosas hace la Virgen!

—Ella se sabrá lo que le conviene, tonta.

Poco después se retiró Guillermina. La casa volvió á tomar su aspecto ordinario. La comandante y doña Lupe estaban en la sala hablando de la rifa de la maravillosa colcha que decoraba el altar. Fortunata y Severiana acompañaban á Mauricia, que se aletargaba lentamente, pues no había dormido nada la noche anterior. Doña Fuensanta, deseosa de mostrar á la señora de

Jáuregui sus habilidades, la invitó á pasar á la casa inmediata. Hay que decir de paso que doña Lupe estaba algo desilusionada, pues había creído que Guillermina iba siempre á sus visitas benéficas con un regimiento de señoras. «¿Pero dónde están esas *damas distinguidas* de que hablan los periódicos? Por lo que voy viendo, aquí no viene más *dama* que yo.»

Viendo Fortunata que Mauricia se dormía profundamente, salió á la sala. No había nadie. Acercóse á la ventana, mirando á la calle por entre los cristales, y allí estuvo un largo rato con la atención vagabunda y el pensamiento adormilado, cuando un rumor en el pasillo la sacó de su abstracción. Al volverse, se quedó atónita, viendo á Jacinta que, detenida en la puerta, alargaba la cabeza para ver quién estaba allí. Traía de la mano una niña, vestida á la moda, pero con sencillez y sin pizca de afectación de elegancia. Avanzó hacia Fortunata, interrogándola con aquella sonrisa angelical que, vista una vez, no se podía olvidar. Sentía la de Rubín una gran turbación, mezcla increíble de cortedad de genio y de temor ante la superioridad, y se puso muy colorada, después como la cera. Debió Jacinta preguntarle algo; sin duda la otra no acertó á responderle. La señora de Santa Cruz se acercó á la puerta que comunicaba con la otra sala. Entonces Fortunata, que se hallaba detrás, dijo: «Se ha quedado dormida.»

Volviéndose hacia ella, otra vez le echó Jacinta aquella mirada y aquella sonrisa que la asesinaban. «En ese caso, esperaremos un poco», indicó en voz casi imperceptible, sentándose en una de las sillas de paja. Fortunata no sabía qué hacer. No tuvo valor para marcharse, y se sentó en el sofá. Casi en el mismo instante la Delfina sintióse vacilar en su asiento, porque la silla estaba inválida, y se pasó al sofá. Halláronse las dos juntas, tocando falda con falda. Fortunata, por no mirar á su rival, miraba á la niña, á quien aquella tenía en pie delante de sí, cogiéndola de las manos. Observó la de Rubín el trajecito azul de Adoración, sus botas, todo su decente atavío, y en aquella inspección fisonómica que hizo, sus miradas y las de Jacinta se encontraron alguna vez. «¡Oh, si tú supieras al lado de quién estás!», pensaba Fortunata, y aquí su temor se desvanecía un tanto para dejar revivir la ira. «Si yo te dijera ahora quién soy, padecerías quizás más de lo que yo padezco.» Adoración quería decir algo; pero Jacinta le tapaba la boca, y mirando á la de Rubín se sonreía con esa ingenuidad que indica ganas de trabar conversación. Comprendiólo la otra, diciendo para sí: «No, pues yo no he de buscarte la lengua.» La niña, aquel dato vivo de la bondad de la Delfina, no podía menos de determinar en Fortunata un pensamiento distinto de los anteriores. Pero sus renovados odios trata-

ban de envenenar la admiración. «¡Oh!, sí, señora—pensaba.—Ya sabemos que tiene usted un sin fin de perfecciones. ¿A qué cacarearlo tanto?... Poco falta para que lo canten los ciegos. Si estuviéramos como usted, entre personas decentes, y bien casaditas con el hombre que nos gusta, y teniendo todas las necesidades satisfechas, seríamos lo mismo. Sí, señora; yo sería lo que es usted si estuviera donde usted está... Vaya, que el mérito no es tan del otro jueves, ni hay motivo para tanto bombo y platillo. Y si no, venga usted á mi puesto, al puesto que tuve desde que me engañó *aquel*, y entonces veríamos las perfecciones que nos sacaba la mona esta.»

Y las miradas de la de Santa Cruz volvieron á flecharla. Eran un comentario que con los ojos ponía á la tontería ó pueril gracia que Adoración acababa de decirle. Sin saber cómo, aquel nuevo flechazo trajo á la mente de Fortunata un pensamiento que en cierto modo se eslabonaba con la presencia de la niña. Acordóse de que Jacinta había querido recoger á otro niño creyéndolo hijo de su marido... «¡Y mío!... ¡creyéndolo el mío!» Desde la altura de esta idea, se despeñó en un verdadero abismo de confusiones y contradicciones... ¿Habría hecho ella lo mismo? «Vamos, que no... que sí... que no, y otra vez que sí...» ¡Y si el *Pituso* no hubiera sido una falsificación de Izquierdo; si en aquel instante, en

vez de mirar allí á la niña de Mauricia, viera á su pobre Juanín!... Le entraron tan fuertes ganas de echarse á llorar, que para contenerse evocó su coraje, tocando el registro de los agravios, segura de que le sacarían del laberinto en que estaba. «Porque tú me quitaste lo que era mío... y si Dios hiciera justicia, ahora mismo te pondrías donde yo estoy, y yo donde tú estás, grandísima ladrona...» No siguió, porque Jacinta, no pudiendo resistir más las ganas de entablar conversación, la miró otra vez y le hizo esta preguntita: «¿Qué tal estuvo la Comunión? Y Mauricia, ¿qué tal?...» He aquí á la prójima otra vez turbada y sin saber lo que le pasaba. «Muy bien... pero muy bien... Mauricia, contenta...»

Agradeció mucho Fortunata que en aquel momento se abriese suavemente la puerta de la alcoba y apareciera la cabeza de Severiana. Hacia ella fué corriendo Adoración. «Chitito—le dijo su tía, entrando pasito á paso.—No hagas ruido, que tu mamá está dormida. Tiempo hace que no ha cogido un sueño tan largo. ¡Ay, señorita, lo que se perdió usted! Ha estado todo tan bien, que daba gusto.»

Mientras la Delfina y Severiana hablaban, Fortunata, que continuaba sentada, examinó con curiosidad á la esposa de *aquel*, fijándose detenidamente en el traje, en el abrigo, en el sombrero... No le parecía propio venir de sombrero; pero por lo demás, no había nada que

criticar. El abrigo era perfecto. La de Rubín hizo propósito de encargarse el suyo exactamente igual. Y la falda, ¡qué elegante! ¿Dónde se encontraría aquella tela? Seguramente era de París.

Oyóse la voz ronca de Mauricia. Su hermana entró corriendo, y Jacinta miraba por el hueco de la puerta entornada. Cuando Severiana volvió á la sala, la señorita dijo: «Yo no entro. Pase usted con la pequeña. Yo me quedo aquí.» A pesar de lo trastornadas que estaban sus facultades, Fortunata supo apreciar el verdadero sentido de aquella resistencia de Jacinta á presentarse con la niña. Era un sentimiento de modestia y delicadeza. Quería sustraerse á las manifestaciones de gratitud de la pobre enferma, y evitarle á ésta el sonrojo de su desairada situación como madre.

«¿Será por eso por lo que no quiere entrar?—se preguntó, mirándola de espaldas.—¡Qué remilgos éstos! Cuando digo que me cargan á mí estas perfecciones... ¡Qué monas nos hizo Dios! Pues lo que es yo, sí entro.»

Severiana se acercó á la cama, llevando de la mano á la chiquilla. «Mira, mira lo que te traigo... ¿Cuál visita te gusta más, ésta ó la que estuvo antes?»

Mauricia le echó los brazos á su hija y le dió muchos besos. Un poco asustada, la nena besó también á su madre, sin efusión de cariño, y